

CAPÍTULO 2.

LAS CHINCHES SE ARRASTRAN Y AVANZAN.



La apacible calma en que vivía Augusto se vio terriblemente alterada cuando confirmaron a Albina, la hija de la hermana. En señal de que ya había crecido, doña Ágata le permitió transformar su recámara en salita y le asignó para dormir un cuarto que antes había habitado la vieja Trude. Riendo con burla, Trude le sacó la gruesa lengua entre los labios, de manera que su solitario diente se la dividió en dos, luego se apresuró a ir y quejarse con su joven patrón de que ella tuviera que hacerle lugar a la mujerzuela. Sin embargo, como lo hicieron siempre los padres de los dioses y los humanos, Augusto se decidió olímpicamente por la floreciente jovencita y contra la vieja. Sonriente se deleitaba con los portazos, mientras Bella Rottraut acarrea sus tiliches a su nueva habitación. Él no presentía la terrible venganza que ella tramaba.

A la mañana siguiente, apareció Ágata con grandes aspavientos ante su hermano. En la mano muy estirada sostenía con las puntitas de los dedos una hoja de papel blanco bien doblada. La arrojó, en silencio, frente a las narices de Augusto, exactamente sobre su bella edición de *Don Quijote*. Su rostro expresaba tanto horror y asco que él ahuyentado de su lectura favorita no se atrevió a reñir, sino que con paciencia desdobló la hoja. Atento, contempló el pequeño objeto que estaba allí envuelto y lo examinó a fondo con la lupa, y luego dijo mirando a la hermana:

-Es una chinche.

-Eso ya lo sé. ¿Para saberlo necesitas una lente de aumento? Tienes que acabar con ella.

Con un grandioso ademán, Augusto hizo bola el papel y lo arrojó por la ventana abierta. –Así –dijo, mientras se agachaba sobre el libro buscando el sitio donde había sido interrumpido.

-¿Así? –repitió la hermana y su voz temblaba-. No, así no –y repentinamente, rompiendo a llorar, gritó:- ¿No comprendes lo que eso significa? Tenemos chinches en la casa, en tu casa, chinches. Piensa en lo que eso quiere decir. Y todavía más, la recamarera la encontró en la cama de tu sobrina. Es una vieja puerca, la Emilia esa, apenas ayer la regañé porque no había cambiado la cama de Albina y hoy encuentra eso, eso, y me dice que no tiene que cambiarles la cama a las chinches y, además, que no se queda en esta taberna mugrosa. Yo la corrí con una bofetada. Pero ella se va y anda gritándolo por toda la ciudad y así se acabó mi buena fama. Que donde hay una, hay más, eso dijo. Y tiene razón. Donde hay una, allí hay más. Pronto me van a señalar con el dedo y uno le cuchicheará al otro que yo tengo la casa desaseada.

Augusto se rió con ganas, pero se contuvo de inmediato cuando vio la desesperación de Ágata. –Olvídalo, corazón de hermana –dijo-: no es tan terrible, pronto lo arreglaremos.

La pequeña mujer miró a su hermano con una expresión de gran confianza. –Sí, tú vas a salvar mi honor –dijo ella-, ya lo sé. Pero no es fácil. Debes saber que las chinches son inexterminables.

Augusto sonrió meditando. -¡Cálmate! Eso lo consigo pronto –replicó-. Después se reacomodó en la silla y reflexionó.

Durante un largo rato Ágata lo miró llena de admiración. Luego se fue quedamente.

De allí en adelante se acabó la paz de Augusto Müller. Ágata había dedicado todos sus días, en mudo recogimiento, al muy leído hermano, sin exigirle una prueba de su superioridad. Ahora, por primera vez, su habilidad y saber eran puestos a prueba por ella y, justamente ahora, en esta risible e insignificante tarea, el falló. El creyó la cosa muy fácil y hete aquí que no avanzó ni un paso.

Al principio la cosa marchaba con gran sencillez. Augusto comenzó su trabajo, como siempre, a conciencia. Su solícita hermana lo miraba con asombro. Se desmontó la armadura de la cama, cada hendidura se probó, se examinó el colchón y se registraron las secciones de madera de las paredes. Por ningún lado se encontró ni el más mínimo rastro. Entonces se usó petróleo y ácido en grandes cantidades y todo parecía estar bien. El par de hermanos descansaban de sus fatigas, satisfechos, seguros del triunfo y cansados del trabajo. Pero a la segunda mañana la sobrinita encontró un nuevo ejemplar del género de las chinches.

Esta vez se produjo agitación por toda la casa. Se emplearon todas las fuerzas y se renovó la cacería con la servidumbre completa, la hermana y la sobrina. Nada sirvió. Apareció un huésped fresco y picó a la buena Albina en su inofensivo sueño de muchacha. Por tercera vez, se intentó la batalla con gran esfuerzo. El tapicero apareció, se compusieron las duelas, se desprendió el revestimiento de madera, se renovó el papel tapiz, se limpiaron todos los muebles y se impregnaron de increíbles ácidos y venenos. El maestro Thugut juró por el cielo y la tierra que ni siquiera una pulga podría meterse por las hendiduras, mucho menos una chinche.

Por supuesto vino. No pronto, pero a los pocos días estuvo allí, de nuevo sola; suficiente, sin embargo, para quebrantar el ánimo de la hermana que respondió con profundos sollozos a la impotencia del hermano. Se despertó la duda y se minó la confianza. Ágata, sin gastar una palabra contra el hermano, renunció a la lucha. Compasivamente cambió a su hija de cuarto y, en adelante, todos se conformaban con pasar frente a la recámara con ojos llenos de odio.

Augusto pensaba de otra forma. Su reputación estaba en juego. Se había prometido a sí mismo no descansar hasta que hubiera probado su infalibilidad. Así, se cambió al aposento maldito y noche a noche estuvo al acecho, sin dormir, persiguiendo a los animales. De vez en cuando atrapaba uno de los rojos monstruos. Luego, con secreto deleite, ajusticiaba al vampiro y a la mañana siguiente iniciaba una nueva cacería.

Ágata se desesperó. Veía cómo su tranquilo y honesto hermano se volvía salvaje, sanguinario y cruel. Él, poco a poco, desarrolló el gusto de martirizar a sus enemigas frente a todos los de la casa; lo hacía festivamente y con selectas torturas, hasta la muerte. Ya no esperaba que amaneciera para comenzar la persecución y la cacería, sino que él, el considerado, asustaba a la parentela y a la servidumbre, a medianoche, con el grito de guerra: -¡Chinches!- para emplear a los soñolientos inquilinos en la batalla. Sus libros favoritos se cubrían de polvo y él trasegaba viejos libracos para encontrar remedios eficaces; así su estudio se llenaba de lejías y ácidos. Líquidos rojos, verdes, amarillos en botellas y botellitas se encontraban por todos lados. Y jeringas, pinzas, cepillos de todos los estilos se iban acumulando. En breve, la vida de Augusto no era otra cosa que una lucha contra las chinches. Ágata se atrevió, tímidamente, a recordarle la existencia del salvador del sufrido mundo, el exterminador. Él se lo tomó a mal. Él solo podría acabar con ellas. Pero se confió mucho y, finalmente, se alegró de que viniera en su ayuda Lauscher, el exterminador que tenía autorización estatal.

¡Oh, pero no fue ninguna ayuda! La pena continuó tal como había sido: cada dos o tres días aparecía una única chinche, picaba al infeliz Müller, moría por eso y al poco tiempo encontraba sucesora. Vino otro cazador, un tercero, un cuarto. Todo era inútil.

Augusto andaba por allí con los ojos saltones, era otra persona, embrutecido y completamente transformado; y aquel que se cruzaba con él por la casa prefería desviarse. Augusto leía la sección de avisos de todos los periódicos con gran devoción, escribía para conseguir todos los remedios que descubría elogiados y mantenía correspondencia con una docena de personas del mismo estilo que Lauscher, el exterminador con autorización estatal.

Finalmente, en medio de una gran desesperación, ofreció en el periódico una recompensa de cien marcos para aquel que le indicara un remedio infalible de exterminar chinches. Llegaron cartas por cientos. Augusto las leía con atención. Lo que le recomendaban, hacía mucho que él lo había desechado por inútil.

Una mañana, sin embargo, emocionado fue a ver a su hermana. -¡Lee!- le dijo, mientras le alargaba una carta.

Ágata se asustó. Conocía la letra. -De Lachmann- dijo y bajó el papel.

-Sí, sí. De tu antiguo pretendiente. ¡Oye! -le arrebató la carta y leyó:

Viejo muchacho:

Leí tu anuncio y quiero intentar conseguirte el infalible remedio contra las chinches. Pero tú tienes que venir para acá. Yo no tengo el remedio, pero conozco sus resultados. Lo descubrió un viejo raro, de oficio arqueólogo, que, con todo, es muy avaro, pues asegura que el mundo no merece tales beneficios. No se le puede sacar nada con dinero. Sin embargo, yo le saqué una vez una espina, que se le había atorado en la garganta mientras me dibujaba, durante una comida, el plano del templo de Delfos con ayuda de colas de arenques y cáscaras de papa y, de repente, se dio cuenta de que había colocado en un lugar equivocado la tumba de Dionisos. Desde entonces, estoy muy bien acreditado con él y, si comenzamos con astucia, le birlamos al tres veces sabio su secreto. Como te dije, sólo tienes que venir. Te lo presentaré. Quédate unos días aquí. Me pongo a tu disposición para cualquier tontería, cuanto lo permita mi negocio de matasanos. Saluda a tu ilustre señora hermana de parte de este su muy fiel primo.

Lachmann

Ágata no dijo nada. El nombre Lachmann y su bien conocida escritura habían despertado viejos recuerdos.

-¿Qué piensas? –le preguntó Augusto-, ¿debo ir?

-Seguro que debes ir, seguro.

-Sí, tan seguro no estoy. Lachmann es un payaso que se divierte burlándose de la gente. Por supuesto, conmigo ha sido siempre razonable.

-Siempre –afirmó Ágata-. Trata a los locos como locos y con la gente razonable es razonable. Además, si quisiera realmente jugar una broma, no me mandaría saludar. No me haría eso –la vieja mujercita se sonrojó como una jovencita.

Augusto sopesó, con dudas, el papel en la mano.

-Y si su remedio no sirve para nada, por lo menos tú saldrás un par de días de este cuarto de la desgracia. Tal vez se te olvide toda esta historia.

Augusto le lanzó una furiosa mirada. –No quiero olvidarla– dijo, se metió la carta en el bolsillo y se fue pensativo.

Probablemente, el ánimo de Augusto Müller se había, ya para entonces, desconcertado a causa de las desveladas y los combates contra las chinches. De no ser así, él que conocía tan bien a su primo, se hubiera cuidado de caer en la burda trampa. Así, no hacía ningún caso de las recomendaciones de su hermana. Él sabía que Lachmann era su viejo amor. El hecho es que al día siguiente partió. Todo lo que vivió con su amigo no se puede comprobar con seguridad. Sus propios relatos al respecto poseen el carácter de inundación mental que cubrió sus pláticas durante la enfermedad. Lo poco que Ágata misma asegura, lo descubrirá el lector en su momento. En fin, un día temprano por la mañana regresó Augusto a su casa en un estado bastante deplorable.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck